EL PAISAJE ANDALUZ EN LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO

Desde *Soledades* (1903), hasta las poesías escritas durante la Guerra Civil, la preocupación por el paisaje –el que le rodea o el que recuerda– es constante en la obra poética de Antonio Machado. Paisajes en cierto modo imaginarios, unas veces; vistos, otras; revividos a través del recuerdo, siempre.

Antonio Machado es poeta de vivencias. Ha visto y ha sentido Andalucía, Soria, Valencia... Y el paisaje de Andalucía, Soria o Valencia, en distintas formas y épocas, se incorpora a su mundo poético.

Después del soriano, me atrevería a decir que es el paisaje andaluz el que más influye en la visión machadiana de las cosas; el que más profunda huella deja en su poesía.

Pero no caigamos en el error de aplicar a la poesía las convencionales divisiones geográficas. No pretendamos abarcar bajo el título general de «andaluz» el mundo del «huerto claro donde madura el limonero» y el del «pueblo húmedo y frío». Es cierto que ambos paisajes se dan en Andalucía. Mas Sevilla y Baeza no tienen el mismo campo, ni las mismas casas, ni las mismas calles. Y, sobre todo, son para Machado experiencias que le dejan dentro diferentes significados. Es del interior de donde brota la poesía; no es de extrañar, por tanto, que esta diversidad de significación dé lugar a paisajes poéticos radicalmente distintos.

De Sevilla tuvo el poeta experiencias infantiles. El recuerdo sevillano siempre ha de mantenerse vivo, aún en los últimos poemas. Baeza aparece tarde; la conoció cuando sus ojos estaban ya llenos de mundo y su corazón de penas.

Antonio Machado vive en Sevilla sus primeros ocho años. Quizá, como todos los niños, acepta el paisaje que ve sin objetivarlo, pero no por ello deja de grabarse a fuego en su memoria, con esa receptividad primaria y profunda que sólo los niños poseen, oculto en los interiores de su conciencia como una placa fotográfica que habrá de revelarse en su edad adulta.

Cuando Manuel y Antonio oyeron de su padre el anuncio de la próxima partida, tal vez sintiera Antonio su estancia dentro de un paisaje determinado, distinto, acaso, de los que luego había de encontrar. Quizá entonces, obedeciendo a un sentimiento puramente intuitivo, agudizase sus sentidos a fin de aprehender mediante ellos, para siempre, las cosas que lo rodeaban.

Al salir de Sevilla lleva consigo una serie de sensaciones que ha de ser la base del paisaje sevillano que recreará más tarde: sensaciones procedentes de la niñez que van definiéndose más a medida que crece. Con ellas y su imaginación creará un paisaje propio; un paisaje totalmente poético.

En su juventud, y luego en su madurez, volverá el poeta a Sevilla. Descubrirá entonces –como todos dolorosamente descubrimos– que el recuerdo depurado por la fantasía no corresponde a la realidad: no son los colores tan vivos; no son los olores tan penetrantes. Pero no importa: él ama a su Sevilla, a la que comenzó a recrear en el recuerdo, acaso el mismo día que la abandonaba, y cuyos perfiles fueron dibujándose cada vez más intensamente.

La experiencia de Baeza, decía, es radicalmente distinta. Llega allí en 1912, poco después de haber perdido a Leonor en tierra soriana. Difíciles debieron ser para el poeta esos primeros tiempos. Al recuerdo de la esposa muerta se une la nostalgia de una tierra que sentía suya («-yo tuve patria donde corre el Duero»..). Siguiendo su vieja costumbre, pasea. Pasea solo. Mas por algún tiempo ve chopos donde hay olivos. Un día –quizá en uno de sus solitarios paseos– descubre el mar de olivos que lo rodea. Ahora los ve. Y ve el campo. Un campo que llevará ya por siempre en el recuerdo. Un campo personificado, como el viejo olmo soriano:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

En la poesía de Machado, como en su vida, hay una estrecha relación entre Sevilla e infancia. Su infancia y la infancia en general. La ciudad es un recuerdo de niñez. Al ofrecernos una autobiografía en forma poética. Sevilla es inseparable de los primeros años:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero.

En el «Retrato» la evocación de la infancia trae consigo necesariamente el recuerdo de la ciudad donde transcurrió. En el poema que comienza «En estos campos de la tierra mía» –fechado en Lora del Río, 4 de abril de 1913– la vista de tierras andaluzas revive recuerdos infantiles[1], Con frecuencia la fusión entre estos dos elementos –Sevilla y niñez– es tan completa que nos es difícil separarlos. Esa fusión de recuerdos se va haciendo más profunda con el pasar del tiempo, con la lejanía. Se logra cabalmente en uno de sus últimos sonetos:

---

[1] Intencionadamente quizá trata aquí el poeta, con éxito, de revivir recuerdos.

Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
imágenes de luz y de palmeras,
y en una gloria de oro,
de lueñes campanarios con cigüeñas,
de ciudades con calles sin mujeres
bajo un cielo de añil, plazas desiertas
donde crecen naranjos encendidos
con sus frutas redondas y bermejas:
y en un huerto sombrío, el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos
que el agua clara de la fuente espeja,
un aroma de nardos y claveles
y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena;
imágenes de grises olivares
bajo un torrido sol que aturde y ciega,
y azules y dispersas serranías
con arrebolas de una tarde inmensa...

Poesías completas, pp. 146-147. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. Cito siempre aquí la misma edición.

Otra vez en ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.
Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!,
¡cual muerde el tiempo tu memoria en vano!...
(Sonetos, VI, p. 265).

Pero se hace definitiva, sin embargo, con esa inevitabilidad de lo que se termina, en el último verso escrito por el poeta: «Estos días azules y este sol de la infancia»[2] verso prodigioso en el que los elementos del paisaje sevillano se incorporan indisolublemente, como el principio y el fin, a una infancia ida, vivida en esa ciudad azul y soleada, desde las playas sombrías del destierro.

Pero para Machado, Sevilla no está sólo unida a su niñez: es casi inseparable de los niños. Don Antonio se proyecta siempre sobre el mundo de infancia como un adulto que sueña de vez en cuando con su propia niñez. Nunca como un observador objetivo de los juegos de niños. Mucho menos como un niño grande.

Detrás de los niños de las plazas y parques machadianos hay siempre árboles, frutas, colores que recuerdan la Sevilla infantil:

La plaza y los naranjos encendidos
con sus frutas redondas y risueñas.
Tumulto de pequeños colegiales
que, al salir en desorden de la escuela...
(Pág. 21)

Donde las niñas cantan en corro
en los jardines del limonar...
(Pág. 72)

---

[2] Véase: MACHADO. J., *Ultimas soledades del poeta Machado,* Santiago de Chile, 1958 (multigrafiado).

Consciente o inconscientemente tienen un cierto acento sevillano estos escenarios donde alborota la gente pequeña.

Mas ¿cómo es la Sevilla de Antonio Machado? Poco se la describe. El poeta se limita a transmitirnos impresiones: luz, color, olor... Impresiones externas de profundo sentido interior, porque Machado, acaso sin saberlo, supo muy bien que esas pequeñas cosas aparentemente superficiales son las puertas de profundas galerías del alma.

La Sevilla de Machado es una amalgama de sensaciones que inesperadamente nos envuelven y nos hacen sentir la invasión de luminosidad propia de la infancia.

(Esta luz de Sevilla).

Con los ojos llenos de colores vivos («...en el jardín cercano / la fruta de oro») y embriagados por penetrante aroma de «nardos y claveles / y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena».

Baeza impresionó al poeta desagradablemente, al principio. Desde aquel campo sueña con el soriano. La primera captación del paisaje que le rodea está guardada en el poema «Caminos» (página 143). Poema en que recoge los detalles más vivos del paisaje de la alta Andalucía. Lo que de ella mucho tiempo después ha de recordar: el río, la luna y los olivos.

Los olivos vienen a convertirse en el elemento que caracteriza este nuevo paisaje: sustituyen, en cierta forma –aunque no lo borren– al chopo castellano. La luna había aparecido ya en algunos paisajes sorianos: ahora se hace indispensable. Los ríos –Guadalquivir y Guadiana Menor– vienen a ocupar el puesto que antes correspondiera al Duero; nunca se sienten como ríos independientes y propios, sino como reflejos del castellano.

Los olivos aparecen ya en el mencionado poema «Caminos»:

El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares...

(Pág. 143)

El árbol está en calidad de acompañante. Del río se nos dice algo: va corriendo. Del olivo, no mucho. Lo suficiente, sin embargo, para hacernos sospechar que tal vez le pase como al chopo, que aparece paulatinamente como acompañante del Duero, convirtiéndose luego en indispensable.

La presencia del olivo andaluz se cumple en los poemas «Los olivos» y «Olivos del camino» (pp. 158-160 y 199, respectivamente); aquí el olivo adquiere un cierto valor simbólico. Si la encina castellana representa un poco al hombre de Castilla, en el olivo ve Machado algo del campesino de Andalucía.

Quizá los más poéticos olivos machadianos son los de aquel olivar...

Sobre el olivar
se vio la lechuza
volar y volar.

Olivar visto «desde mi ventana». Olivar con su lechuza. Olivares en ese «campo, campo, campo», que irán definitivamente con el poeta, de ahora en adelante, acompañando a los chopos y a las encinas. Son árboles viejos todos, como el alma del poeta, hincados en la tierra junto a ríos y caminos que pasan en un constante ir hacia la nada. Y en su vejez saben que también ellos mueren, a pesar de su aparente permanencia que los cubre de polvo blanqueando sus copas, como blanquea también la cabeza del poeta. Son sus amigos en ese enraizado quedar, en ese intento vano de afirmarse frente al cambio invencible e inmóvil.

La luna es de gran importancia en los paisajes de Baeza. Como lo es el sol en los de Sevilla.

El sol de Sevilla es alegre y se traduce en luz, en brillo. La luna de Baeza cambia, de acuerdo con los estados de ánimo del poeta, como en los paisajes románticos.

En el mencionado poema «Caminos», por ejemplo, la luna que está subiendo «amoratada, jadeante»... Sube tras un atardecer que se apaga, presagiando una noche de inquietudes. El poeta, triste, ha proyectado en la luna todos los pesares de su alma amoratada y jadeante:

La luna está subiendo
amoratada, jadeante y llena.

Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
buscando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra.
Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!
(Pág. 143)

En cambio en otros momentos («Desde mi ventana / ¡campo de Baeza / a la luna clara!») el alma parece estar un poco más en calma, más clara. Por eso el poeta, en esa ventana, se deja bañar un poco –como el campo– por la claridad lunar.

En el paisaje de Baeza hay ríos. Como en el soriano. Vienen a continuar una tradición que el poeta inició al darle al Duero una importancia fundamental dentro de la paisajística castellana. No tienen éstos, por supuesto, la importancia de aquél. Son secundarios en los campos de Baeza. Sin embargo, queremos subrayar el hecho de que una vez incorporado el elemento *río* a la poesía machadiana, no ha de desaparecer jamás de ella.

Los paisajes de Sevilla podríamos decir que se reducen a un patio. Y –proyección de él– a algunas plazas, o parques que se le parecen increíblemente. Los de Baeza, sin embargo, se salen de estos pequeños límites para dispersarse unas veces por las calles –sin duda, húmedas y frías– del pueblo húmedo y frío; otras, para salirse, sin muros, sin tapias que los contengan, por esos campos de Dios, monótonos, interminables, que se repiten siempre sin alcanzar un límite. Por esos campos verde oliva, interrumpidos sólo por algún cortijo blanco:

Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos...

Dije antes que el paisaje de Sevilla y el de Baeza son diferentes. Pero añadía que quizá la máxima diferencia es la que Antonio Machado pone en ellos. En los primeros guarda sus recuerdos de infancia, en los otros su angustia de soli-

tario. Sevilla es la compañera inseparable de los días azules, hasta el punto de identificar el azul del paisaje con el azul de los años niños. Baeza es –tiene que ser– el espejo del Antonio Machado en otoño, que ya no ve días azules sino destartalados, sombríos, grises. Los paisajes de Sevilla son la añoranza de la niñez perdida. Los de Baeza son el reflejo de un hombre que arrastra consigo sus años y que camina «solo, triste, cansado, pensativo y viejo».

AURORA DE ALBORNOZ

(*Caracola*, 84-85-86-87, octubre-noviembre-diciembre de 1959, enero de 1960)